

Cuerpo fuerte y alma sumisa:

Análisis de una formación social racializada.

Por: Inge Valencia & Carlos Duarte
Profesores Universidad Icesi



Hemos decidido escribir este texto luego de chocarnos con un graffiti de la calle 10 con carrera 39, en el que se lee: “Negra H.P. no, nos vas a gobernar”, haciendo alusión a la pasada candidatura de María Isabel Urrutia a la alcaldía de Cali. También hemos querido expresar algunas ideas, después de encontrarnos con carteles como parte de la campaña publicitaria de su candidatura, que decían: “No le pegue a la negra, vote por ella”. Pero sobretodo hemos decidido editar algunas de nuestras ideas a partir de la famosa foto publicada por la revista *Hola* de España, en las que cuatro mujeres de una preciada familia de élite caleña posaban haciendo gala de su riqueza y belleza en primer plano, en contraposición a un último plano donde salían sus dos empleadas, ambas mujeres de mediana edad, negras, en uniforme, con unas bandejas de plata en la mano, que posaban sin mirar a la cámara.

Estas tres situaciones nos ha invitado a problematizar la manera como se construyen las representaciones sobre la gente negra, muchas utilizando estereotipos que apuntan a reproducir lugares cargados de discriminación y racismo. Para el caso particular de nuestro país y de Cali, a pesar de todas las celebraciones vinculadas al año internacional de la afrodescendencia declarada por la ONU durante el 2011, de la sanción de la Ley Antidiscriminación

en noviembre de este mismo año, veremos que el debate racial sigue operando desde la cotidianidad de múltiples situaciones y hechos sociales. El contraste entre lo que se enuncia, y lo que sucede en nuestra vida cotidiana, nos demuestra que el debate racial es un recurso eficaz cuando este se desplaza de los espacios patrimoniales de la cultura hacia los escenarios efectivos del poder político. Es decir el debate racial, y con ella la pertinencia de pensar la raza y el racismo, nos demuestran como las luchas en el plano simbólico y por el reconocimiento (como fue la declaratoria del Año Afro por ejemplo), se muestran incompletas cuando hacemos referencia a la desigualdad que sigue imperando en términos distributivos o en espacios de participación política.



Para ello repasaremos dos escenarios desde donde emergen, para nosotros, estructuras de racismo cotidiano. El primero tiene que ver con los comentarios y las frases que circulan en torno a la gente negra en la ciudad, y que siendo asimiladas y naturalizadas por la cotidianidad, son —en apariencia— desarmadas de las profundas cargas políticas con las que deambulan. Un segundo aspecto tiene que ver con el papel que juegan los medios masivos de comunicación en la producción de los estereotipos racistas, y en lo que podría verse como la reproducción de una estructura fundamental del racismo. El objetivo final de este pequeño ejercicio será preguntarnos y poner en evidencia hasta qué punto Cali puede ser considerada como una formación social racializada.

Primer escenario: las fronteras imaginarias y las metáforas del racismo

A pesar de que Cali cuenta actualmente con una población negra cercana al 45% del total de la ciudad (Dane 2005), sus pobladores no reconocen la presencia histórica de estas en la conformación de la ciudad, y mucho menos reconocen su presencia y permanencia durante más de tres siglos.

A pesar de esa intensa e importante presencia, de hacer y existir en la ciudad, contradictoriamente la sociedad caleña recurre continuamente a la estigmatización racista. Así en la cotidianidad de la ciudad, no es raro escuchar frases que asocian el color de la piel con connotaciones que abierta o simuladamente reducen el sujeto negro a su fuerza física. Son comunes las afirmaciones que reconocen a la gente negra dentro de una matriz que les otorga lugares naturalizados como el desempeño en trabajos que requieren un esfuerzo físico, o se caracterizan por su servilismo. Este fue el caso de muchas de las discusiones que surgieron a partir de la polémica foto de las señoras Zarzur, en las que aparecieron dos mujeres negras, las empleadas del servicio doméstico, en el último plano, sin mirar a la cámara.

Para muchos la foto no tenía ningún tipo de connotación racista, porque a fin de cuentas reflejaba el lugar “natural” de estas mujeres, que en búsqueda de oportunidades, fueron vinculadas para trabajar como empleadas del servicio doméstico. Lo que muchos no se dieron cuenta, es que naturalizar un lugar, y creer que hay correspondencia entre el significado de la raza y el desempeño de un trabajo determinado, tiene profundas connotaciones racistas.

Pero este no es un caso aislado, también en nuestra ciudad ha sido común la existencia de ideas que reducen a la gente negra a rasgos ingenuos, infantiles o hipersexuales que naturalizan condiciones y reproducen estereotipos: una muestra de ello es el lugar común que tienen frases cotidianas como: “sudando como negro”, “eso es cosa

de negros”, “perezoso como negro”, “baila como negra”, “huele a negro”, “corre como negro”, a lo que se suma también una diversidad de adjetivos que reducen a la gente negra a la diversión o la infantería como “tan lindo el negrito”, o “tan alegres, los negritos”.

Unas y otras construcciones discursivas, por lo general, ubican las poblaciones negras lejos de los espacios de poder legítimamente aceptados en la sociedad, deambulan naturalizadas y despojadas de su profunda carga política e ideológica. Naturaliza unos lugares, y despoja a la gente de su lugar y estatus social, donde se reproducen significados que asocian la idea de raza con los estereotipos que antes nombramos.

Como sugiere el antropólogo Jaime Arocha, en la crítica que realiza a la utilización del estereotipo negro en la película *Perro come perro*, vemos que allí se recurre a la representación común de “Cuerpo fuerte y alma sumisa”. Una representación con antecedentes tan antiguos como el clásico literario de la hacienda esclavista vallecaucana en el siglo XVIII, la novela *El Alferez Real*, de Eustaquio Palacios. En opinión de Arocha, la reiteración de los estereotipos es uno de los medios a través de los cuales se propaga la ideología que sustenta el racismo. Si tenemos en cuenta que la relación precede los términos de la relación, es posible ir más allá para prever que la ubicación de la gente negra dentro de la metáfora de “Cuerpo fuerte (para la producción) y alma sumisa” demarca inmediatamente su némesis simbólica: “Cuerpo improductivo y espíritu rebelde”.

De esta manera, de una parte se da pie a un juego de estereotipos y gradaciones por ubicarse en una o en otra metáfora, dependiendo en donde se es ubicado por los otros, y en donde se realiza el proceso de autoidentificación de los individuos. De otra parte, las representaciones colectivas van identificando unas y otras metáforas en lugares geográficos reales y concretos que van dibujando toda una cartografía imaginaria del racismo en la ciudad: Aguablanca y Puerto Tejada son peligrosos, mientras que Juanchito es alegre y rumbero. De acuerdo con el sentido de los comentarios de Arocha, podría decirse que la sociedad caleña traza una frontera imaginaria, una especie de seguridad para mantener la dominación simbólica, la cual se implementa por medio de sucesivas fragmentaciones poblacionales operadas en el lenguaje cotidiano.

Una primera distribución se encargaría de distinguir entre los negros y lo que no lo son, para luego desarrollar una segunda dicotomía entre los negros sumisos, que por medio de sus cuerpos fuertes —cuerpos para el capital— sostienen la producción, como en el caso de las cooperativas de corteros de caña. Al otro lado, de la frontera habitan los negros rebeldes, como el demonio



Segundo escenario: Formación social, raza e ideología

Buziraco al que fue necesario desterrar con el monumento de las Tres Cruces; cuerpos asimilados como vagos e improductivos para el capital, como los grupos de hip-hop de Aguablanca y Siloé. Incluso, cuerpos amenazantes para la dominación como el viejo Cinecio Mina, o el Consejo Comunitario de la Toma que encarnan la histórica resistencia frente al despojo territorial en los territorios que tradicionalmente han habitado las poblaciones negras del Norte del Cauca. Una Zona Marginal habitada por cuerpos rebeldes y resabiados como el del Movimiento de los Corteros de Caña, cuerpos que con ritmo arrebatado y atonal reinscriben en su superficie las viejas historias de los cimarrones y contrabandistas de tabaco del río Palo.

Como venimos de apreciar, las metáforas del racismo dividen a la población de acuerdo al color de su piel en un esquizofrénico vaivén de atributos bondadosos y criminales. Dicha dinámica emerge con repetida frecuencia en los medios masivos de comunicación caleña. Para Stuart Hall (1978, en Grossberg L. 1996), la relación entre el racismo y las representaciones tocan directamente el problema de la ideología, dado que el principal campo de acción de los medios de comunicación es la producción y transformación de las ideologías. Para Hall, las ideologías no son accidentes o errores discursivos, por el contrario su poder reside en la extensión evocativa de sus argumentos, y en su capacidad para remitir a diversas constelaciones de significados. De acuerdo a nuestra línea argumentativa, el dispositivo ideológico se actualiza a través las mencionadas “metáforas del racismo”.

A finales del año pasado, además de este debate impulsado por la polémica foto de las señoras Zarzur, estas metáforas aparecieron refiriéndose al pulso electoral entre Rodrigo Guerrero y María Isabel Urrutia. A este respecto revisamos algunos de los términos en que dicho debate apareció en una columna de uno de los diarios de mayor circulación de la región. El diario El País publicó el 11 de septiembre de 2011, un texto escrito por Antonio de Roux bajo el lapidario título de *Vendió el alma*. ¿A quién podría hacer referencia? ¿Quién estaría en capacidad de vender el alma y ante quién?

Retomando, el autor comienza su texto “... manifestando mi admiración por los afrodescendientes. Me gustan su vivacidad y su espíritu alegre. En materia de agudeza mental no tienen nada para envidiar a las otras etnias y, por el contrario, su inteligencia emocional es mucho más desarrollada que la correspondiente a la mayoría de la población. Sin embargo, debo expresar mi desconcierto ante la manera como María Isabel Urrutia, candidata del Polo, viene adelantando su campaña a la Alcaldía de Cali”. Seguramente el autor no reconoce que en sus generalizaciones en torno a la “vivacidad, espíritu alegre e inteligencia (solo) emocional” de un conjunto poblacional tan diverso como el afrodescendiente hay algo de racismo, y que este opera como un discurso ideológico. De esta manera habría que reconocer que los procesos ideológicos del racismo funcionan de manera inconsciente, más que por intención consciente, ya que tal y como lo muestra Hall, “las ideologías producen diferentes formas de cons-

ciencia social, en lugar de ser producidas por estas mismas”. Bien podríamos quedarnos en un marco analítico del racismo a partir de sus condicionamientos perceptuales entre la gente negra y la que no lo es. Sin embargo, “... la cuestión no es si los hombres en general establecen diferencias perceptuales entre grupos con diferentes características raciales o étnicas, sino más bien, cuáles son las condiciones específicas que hacen de esta forma de diferenciación algo pertinente socialmente y activo históricamente” (Hall Op. Cit). Es decir, vale la pena preguntarnos hasta que punto el racismo es un recurso posible y efectivo dentro de la formación social en la cual se produce.

Si seguimos leyendo la columna de Antonio de Roux nos damos cuenta que el columnista acusa “La mutación de la otrora apacible campeona olímpica”, en la medida que en su opinión participa de una de las posiciones más radicales de la izquierda. A título seguido el columnista se muestra desconcertado por la acusación de María Isabel de que en Cali existe una oposición entre ricos y pobres. Así, de un debate que Urrutia había colocado alrededor de las condiciones socioeconómicas de la ciudad para explicar la polarización caleña frente a la posibilidad que una mujer negra asumiera la primera magistratura de la ciudad, el autor concluye: “A mí una cosa me queda clara en todo caso: no deseo que alguien sancionado por su comportamiento deshonesto o su descuido, que olvidó los valores inmensos de su etnia, que adoptó el discurso del resentimiento y la polarización, llegue a conducir los destinos de mi ciudad”.

Para Hall el racismo desde el punto de vista de su especificidad histórica permite ver que su objeto es la organización —por el poder— en la formación social, en tanto configuración de posiciones y relaciones desiguales. Este punto de vista analítico considera el racismo como una forma —o una serie de formas históricamente cambiantes— de dividir y distribuir la población. Como vemos, Antonio de Roux niega la oposición propuesta por María Isabel Urrutia entre “ricos y pobres”, para fragmentarla en múltiples binarismos del resentimiento y la polarización social: inocente-culpable, honesto-deshonesto, cuidadoso-deshonesto.

La verdadera cuestión para Hall no es cómo escapar del binarismo o negarlo, pues eso implicaría ignorar el contexto. Reducir el racismo a una sola relación binaria como la de pobres y oligarcas, olvida que muchos de estos epítetos son reproducidos y validados por los mismos sujetos racializados. En lugar de ello, más bien deberíamos preguntarnos por qué reaparecen los binarios. Para Hall, cualquier binarismo es en realidad una diferencia sobredeterminada, el poder siempre sigue manteniendo los binarios en las realidades históricas: “Esto es posible debido a que el lenguaje y el poder no son lo mismo, sino que el poder interviene en el lenguaje (representación) para asegurar ciertos efectos”. Como vemos en los múltiples adjetivos que miméticamente se extrapolan desde la candidata María Isabel en la fragmentación binaria del columnista de Roux, hasta el extremo del graffiti citado al comienzo de este texto, es posible apreciar que a pesar de la existencia de “...ciertas características generales en el racismo. Aún más significativas son las formas en las que

dichas características generales se modifican y transforman por la especificidad histórica de los contextos y los entornos en los cuales cobran actividad” (Hall Op. Cit.). Es así como de los binarismos asignados implícitamente a la candidata María Isabel, se continúa propagando en el juego de sus posibles evocaciones y adjetivaciones dentro de la formación social racializada. Esto no se debe a que necesariamente las evocaciones emanen de nuestra experiencia más íntima, unificada y auténtica, sino que por lo general nos vemos reflejados en las posiciones que hay en el centro de los discursos desde los cuales cobran sentido las afirmaciones que hacemos. Así es como los mismos sujetos (por ejemplo, las clases económicas o los grupos étnicos) pueden construirse de manera diferente en diferentes ideologías, y con ello vemos una pequeña muestra del juego de representaciones y metáforas que continúan zurciendo el panorama racializado de nuestra sociedad.

Bibliografía *****

* Arocha Jaime. 2008. *Ideología y Racismo. El espectador* <http://www.elespectador.com/columna85506-ideologia-y-racismo>

* De Roux Antonio. 2011. *Vendió el alma. Diario el País.* <http://www.elpais.com.co/elpais/opinion/columna/antonio-roux/vendio-alma>

* Grossberg Lawrence. 2006. *Stuart Hall sobre raza y racismo: estudios culturales y la práctica del contextualismo. Revista Tabula Rasa. Btá No 5.*